## Sumario

### LITERATURA

<table>
<thead>
<tr>
<th>Autor</th>
<th>Título</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Rafael Alberti</td>
<td>Antonio Machado por Rafael Alberti</td>
</tr>
<tr>
<td>Xesús Alonso Montero</td>
<td>Homenaxe a Antonio Machado no 75 cabadano. Unhas notas sobre Machado e, tamén, sobre Castelao</td>
</tr>
<tr>
<td>Manuel Núñez Encabo</td>
<td>Antonio Machado Patrimonio de la Humanidad</td>
</tr>
<tr>
<td>Xoán Rubia Alejos</td>
<td>José Rubia Barcia en su centenario</td>
</tr>
<tr>
<td>José Rubia Barcia</td>
<td>Ropaje y desnudez de “El público”</td>
</tr>
<tr>
<td>Armando Requeixo</td>
<td>Díaz Castro e Carballo Calero</td>
</tr>
<tr>
<td>Ana Sofia Pérez-Bustamante Mourier</td>
<td>Luis Berenguer (1923-1979), ferrolano, narraluz y todo lo contrario</td>
</tr>
<tr>
<td>Francisco X. Fernández Naval</td>
<td>Os galegos e Julio Cortázár. Un xogo de miradas</td>
</tr>
<tr>
<td>Carlos Laiño Lorenzo</td>
<td>Eduardo Blanco-Amor e a fotografia. Unha linguaxe de forza, beleza e tenitura</td>
</tr>
<tr>
<td>Siro López</td>
<td>A única homenaxe que Blanco Amor recibiu en vida, fixolla o Círculo de Perílio</td>
</tr>
</tbody>
</table>

### ARTE E ARQUITECTURA

<table>
<thead>
<tr>
<th>Autor</th>
<th>Título</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Antonio Aguayo Cobo y María Dolores Corral Fernández</td>
<td>Alberto: la ética de un escultor</td>
</tr>
<tr>
<td>Julia Mª Dopico Vale y José Luis Mera Castro</td>
<td>En el 120 aniversario del nacimiento de Bernardo Freire: Un compositor para Fuenteovejuna</td>
</tr>
<tr>
<td>Isabel Gil Lloréns</td>
<td>Los orígenes ferrolanos de un pequeño gran violinista: Dámaso Rico Losada</td>
</tr>
<tr>
<td>José Antonio López Gómez</td>
<td>Arquitectura Art déco en Ferrol</td>
</tr>
</tbody>
</table>

### PENSAMIENTO E POLÍTICA

<table>
<thead>
<tr>
<th>Autor</th>
<th>Título</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Antonio López Pina</td>
<td>La ley de hierro nacional-alemana de la construcción de Europa, sin perjuicio de la cuestión social</td>
</tr>
<tr>
<td>Antón Saracibar</td>
<td>El movimiento sindical en la encrucijada</td>
</tr>
<tr>
<td>Alejandro Morán Llordén</td>
<td>Justicia y jueces en el siglo de Concepción Arenal</td>
</tr>
<tr>
<td>Jorge Álvarez Yáñez</td>
<td>Foucault e a Ilustración. Goberno de sí e gobierno dos outros</td>
</tr>
</tbody>
</table>

### COMUNICACIÓN

<table>
<thead>
<tr>
<th>Autor</th>
<th>Título</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Germán Castro Tomé</td>
<td>Cantar á liberdade de expresión</td>
</tr>
<tr>
<td>José Manuel Rey Varela</td>
<td>Por una prensa libre, plural e independiente</td>
</tr>
<tr>
<td>Patricia Hermida</td>
<td>A nosa obriga é informar, non publicitar</td>
</tr>
<tr>
<td>Rosa Aneiros</td>
<td>X Premio José Couso de Libertad de Prensa</td>
</tr>
<tr>
<td>Jesús Vivanco</td>
<td>¡Franco ha muerto! Transmite Radio Nacional de España a través de todas las emisoras españolas</td>
</tr>
</tbody>
</table>

### HISTORIA

<table>
<thead>
<tr>
<th>Autor</th>
<th>Título</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Maximiliano Fuentes Codera</td>
<td>La Gran Guerra en España: una disputa por la nación</td>
</tr>
<tr>
<td>Mercedes Puyol</td>
<td>Jose Aranalde Goibireta, el ferrolano de Saldoni</td>
</tr>
<tr>
<td>Cecilio Tielles Ferrer</td>
<td>El euroaficano y la sociedad hispana entre los siglos XVI-XVII. El milagro de la pierna negra</td>
</tr>
</tbody>
</table>

### DEFENSA E SEGURIDADE

<table>
<thead>
<tr>
<th>Autor</th>
<th>Título</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>José Luis Rodríguez Jiménez</td>
<td>España abandona la colonia del Sahara y propicia su ocupación por Marruecos. Algunas cuestiones del final del Sahara Español</td>
</tr>
</tbody>
</table>

### CIENCIA E TECNOLOGÍA

<table>
<thead>
<tr>
<th>Autor</th>
<th>Título</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>María José Menaya Moreno</td>
<td>Angela Ruiz Robles: la maestra que imaginó los libros del futuro</td>
</tr>
</tbody>
</table>

### CURSO GURMÉNDEZ

<table>
<thead>
<tr>
<th>Autor</th>
<th>Título</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Miguel Ángel Fernández y Fernández</td>
<td>El humor y la guerra</td>
</tr>
<tr>
<td>Carlos Fernández Fernández</td>
<td>O humor, unha aproximación</td>
</tr>
<tr>
<td>Félix Caballero</td>
<td>Os caricaturistas entre o humor e a sátira. O humor galego de posguerra</td>
</tr>
<tr>
<td>José Antonio Llera Ruiz</td>
<td>Trauma y humor: la parodia del discurso bélico en La codorniz</td>
</tr>
</tbody>
</table>

### CURRÍCULA

<p>| | |</p>
<table>
<thead>
<tr>
<th></th>
<th></th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td></td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>
Toda historia es un relato de acontecimientos que surge de una intención o acaba alcanzando un significado intencional, porque entre otras cosas somos seres logocéntricos, seres de palabras. Palabras que se escogen y se hilvanan para tejer relatos con sentido en el tapiz de la memoria colectiva. Relatos que se mezclan, que llegan a adquirir sentidos diferentes, muy alejados del inicial. Paradojas sorprendentes. Por ejemplo, esta que traemos aquí, referida a un hombre que se llamaba Luis Berenguer Moreno de Guerra, gallego de nacimiento por casualidad, afincado en Andalucía por necesidad, e integrante de un fenómeno editorial, el de la Nueva Narrativa Andaluza, con absoluta renuencia.

GALLEGO POR CASUALIDAD

En efecto, Luis Berenguer Moreno de Guerra nació el 11 de diciembre de 1923 en El Ferrol (La Coruña), en una casa situada en la Calle Nueva (oficialmente, calle Espartero) frente al Parque de Ingenieros, hoy parque municipal. No tenía raíces gallegas, sino que nació allí, como él mismo diría, “por orción ministerial”, ya que en Ferrol estaba destinado su padre, D. Rafael Berenguer Cagigas, Primer Médico de la Armada, casado con María Luisa Moreno de Guerra Fernández. Luis era el tercer y último varón del matrimonio: antes de él habían nacido Rafael (1919) y Juan (1922).

A los amantes de las genealogías les puede interesar saber que la ascendencia de Berenguer muestra una mezcla de familias de rancio abolengo en la Marina de Guerra y familias terratenientes. Su abuelo paterno, Juan Berenguer Salazar, natural de Callosa de Ensarriat (Alcántara), fue médico militar. Especializado en enfermedades tropicales, pasó trece años en Filipinas y fue a Valencia con ocasión de una epidemia de cólera. Allí quedó destinado y allí nació el padre de Luis. La abuela paterna, Concepción de las Cagigas Ataola, nació en Manila, hija de padre oriundo de Santander pero nacido en Manila y de madre vasca (de Bermeo). Pariente de Rafael Berenguer Cagigas era el general Dámaso Berenguer y Fusté (1873-1953), presidente de gobierno durante la Dictadura que sucedió a Miguel Primo de Rivera. Aunque el parentesco fuera lejano, con él tuvieron los Berenguer-Moreno de Guerra mucho trato desde la infancia, y uno de los hermanos de Luis, Juan, casó años más tarde con una nieta del general.

El abuelo materno, don Rafael Moreno de Guerra y Croquer, natural de San Fernando (Cádiz), era un típico oficial colonial: tras cuatro años en Cuba y dos en Fernando...
Ana Sofía Pérez-Bustamante Mourier

Poo, pasó doce en Filipinas, donde su último destino fue de gobernador civil-militar de Pollok (Mindanao). Su segunda mujer, Emilia Fernández Ruiz de Morales, hija de un militar extremoño, había nacido en Madrid pero desde pequeña vivió en Manila. María Luisa, la madre de Luis Berenguer, nació en la bahía de Zamboanga en el momento en que se arribaba a la bandera española en esa isla: de ahí que en la familia se dijese que ella era la última española de Filipinas.

Los antepasados maternos de Berenguer (los Moreno de Guerra, Macé, Croquer y Tiscar) desempeñaron un papel relevante en la historia de San Fernando. Su bisnieto Juan Nepomuceno Moreno de Guerra y Macé fue alcalde de esta ciudad en 1846 y 1847, diputado provincial, caballero Maestrante de Ronda y rico hacendado que donó en 1853 los terrenos donde se asienta la actual Alameda Moreno de Guerra. Los Croquer, vieja familia isleña de marineros de guerra, procedían de la región de Devon, en la península de Cornualles. Por parte de madre, estaba Berenguer emparentado con el ganadero Carlos Núñez, casado con una prima segunda de María Luisa.

En 1927 la familia Berenguer-Moreno de Guerra se trasladó a Madrid, y con ellos, la abuela materna. Luis recordaba, en unas pequeñas memorias de infancia, que "la abuela, siendo nosotros chicos, nos contaba muchas cosas de aquellas islas que nos excitaban la imaginación, palabras en tango, aventuras más o menos melodramáticas con lagartos y culebras, sucedidos con una noción que quería cambiarle a mi tío Paco por el hijo de ella". Juan Berenguer, hermano de Luis, me escribió su versión de aquellos años, en la que figura también aquella abuela Emilia contando los ataques de los conjurados, que la sometieron a tormento y le quema-ron un dedo para que revelase dónde estaban los cañoneros que defendían la bahía. En suma, toda una educación sentimental dentro de una familia conservadora y muy religiosa, con ciertos ribetes de tolerada excentricidad entre librepensadora y "comme il faut."

ANDALUZ POR NECESIDAD

La familia materna de Luis Berenguer tenía sólidas raíces en el sur, pero la historia de cómo fue a parar Luis Berenguer a San Fernando tiene sus pormenores. En efecto, cuando estalló la guerra civil, Rafael Berenguer Cagigas estaba de permiso en Madrid, recién desembarcado del Cervantes, y fue encarcelado por el gobierno de la República, lo mismo que otros muchos oficiales suspechosos de poder confraternizar con los rebeldes alzados. Lo llevaron preso al penal de San Antón en Cartagena, y su mujer, María Luisa, decidió instalarse cerca, en una finca a 3 km. de La Aljorra, donde estaba acantonado un Batallón del I Regimiento Naval (Infantería de Marina) y donde el preso había terminado ejerciendo voluntariamente de médico (Luis siempre fue un fervoroso admirador del espíritu de servicio y la tremenda humanidad de su padre).

Los años que duró la contienda fueron para Luis y sus primos, "niños de la guerra", años de fogosa libertad. Si en la ciudad de Madrid Luis era un niño enamorado de las granjas de animales y forofo de Tarzán de los monos, el campo cartaginés fue la oportunidad para vivir en la naturaleza: "Luis, Paco y José María nunca lo pasaron mejor. Vagaban por los campos en bicicleta, una para los tres y los tres montados. (...) Después se compraron un burro al que cuidaban tanto que hasta le lavaban los dientes (...) Se pasaban el día en las cuadras dando de comer a las bestias, enganchando los animales a los carros de los arados, ordeñando cabras y recogiendo todo lo que pílaban por los campos: pesoles, tomates, alcachofas silvestres, nanjas, higos y almendras".

En estos años de pubertad es cuando empieza Luis a escribir versos, versos becquerianos para cortejar a las niñas que le gustaban.
Al terminar la guerra la situación de Rafael Berenguer era un tanto delicada, pues su "colaboracionismo" con el bando perdedor le exponía a ser severamente depurado. No lo fue, probablemente gracias a sus relaciones familiares. Lo cierto es que desde 1940 la familia se va trasladando gradualmente a San Fernando, donde D. Rafael ejerció como director del Hospital Naval.

Los tres hijos del matrimonio Berenguer-Moreno de Guerra ingresaron en la Escuela Naval de Marín: la continuidad familiar era algo que se daba por sentado: "Y eso fue para nosotros tan evidente que nunca pensamos que se podía ser otra cosa", escribía Juan.

La carrera militar de Luis Berenguer comienza el 11 de mayo de 1944, cuando, llamado a filas, inicia el servicio militar en San Fernando como soldado de 2º en el Tercio del Sur de Infantería de Marina. Su carrera profesional se inicia cuando ingresa en la Escuela Naval Militar de Marín como aspirante de Marina, el 20 de enero de 1945. La carrera dura cinco años, que Berenguer va aprobando curso por curso hasta que, terminados sus estudios, es promovido a alférez de navío por orden ministerial de 14 de diciembre de 1949 (D.O. nº 7/1950). Su primer destino fue el Cuartel de Instrucción de Marinería de Cádiz, al que se incorporó el 16 de enero de 1950.

En un texto inédito y en varias entrevistas afirmaba Berenguer que no se sentía identificado con el tiempo de su infancia y juventud, que su "tiempo vital", el mundo suyo y no de sus padres, se correspondía con la década de los años 50: todo lo anterior le resultaba ajeno y todo lo posterior lo contemplaba desde el tamiz de estos años. Estas afirmaciones, en cuyos términos concretos tal vez haya un eco de lo que Baroja llamaba el "fondo sentimental" del escritor, se relacionan con el hecho de que a partir de los 50 Luis se independiza, se casa, ve mundo, tiene hijos y se afina en San Fernando.

Con Elvira Monzón Ristori (n. Grazalema, 1927) se casa Berenguer el 10 de abril de 1954, en la iglesia del Carmen de San Fernando. Pero el joven matrimonio se establece en Madrid, donde nacieron sus dos primeras hijas. Y es que a Berenguer el cuerpo general de la Armada le debía resultar algo tedioso, y prefirió ampliar estudios para especializarse: en 1953 ingresa como alumno en la Escuela de Ingenieros de Madrid, y allí permanece cuatro años, primero soltero, después casado, de 1953 a 1956.

En Madrid frecuentó los círculos literarios, sobre todo el café Gijón. Su carácter extrovertido y generoso le hacía especialmente grato y le granjeó muchas amistades a las que gustaba de llevar a su casa. En el Gijón tuvo ocasión de patrolar con Dámaso Alonso, Gerardo Diego, José García Nieto, Ramón de Garciásol, Ángel Oliver, José Gerardo Manrique de Lara y Juan Garcés (escritor y jurídico de la Armada), entre otros muchos. Con Oliver iba de vez en cuando a visitar a Pio Baroja, solo o con Elvira. Berenguer confesaba que sus primeras admiraciones literarias —Miguel de Unamuno y luego José Ortega y Gasset—, fueron desplazadas por la pasión barojiana. Y de Baroja pasó a Camilo José Cela y a Miguel Delibes.

Tras terminar los estudios de Ingeniería de Armas Navales y tras el breve destino provisional en Madrid,
Berenguer se trasladó a Washington para efectuar un curso de instrucción. El año en Estados Unidos (entre 1956 y 1957) fue para él muy grato: las comodidades del “American Way of Life” no tenían parangón con la modesta España, la desenvoltura de las relaciones sociales tampoco.

Terminada la estancia en USA solicitó destino en Cádiz. En su decisión pesaron las circunstancias: en Cádiz se vivía con más desahogo que en Madrid, para entonces el matrimonio esperaba el cuarto hijo (de un total de once que tuvieron), los padres de Luis estaban solos y don Rafael, enfermo ya de cáncer. Luis llegó a decir, tal vez por consolarse, que si se quedaba en Madrid haciendo vida de tertulia literaria no iba a escribir una sola línea. Así que desde el 13 de enero de 1958 pasó a estar destinado en San Fernando, donde desempeñó diversos destinos entre el arsenal de La Carraca y el Polígono González Hontoria, hasta su prematuro fallecimiento por enfisema pulmonar el 14 de septiembre de 1979. Dejaba una viuda de 52 años con once hijos casi todos adolescentes. Dejaba seis novelas que le hablan encumbrado de la noche a la mañana al Olimpo literario. Dejaba una leyenda insólita y un enorme vacío humano.

En este punto corresponde hablar de la tercera paradoja.

**NARRALUZ A CONTRAPELO**

Desde los veinte años fue consciente Berenguer de su vocación literaria. La fue alimentando en secreto, de manera autodidacta, entre los años 40 y 60. En San Fernando, fiel a su pasión por la vida natural, Berenguer practicaba la caza, y de esta afición salieron una serie de semblanzas inspiradas en los furtivos andaluces que Berenguer fue conociendo, el más impactante de los cuales se llama José Ruiz Morales (Alcalá de los Gazules, 1927-Marbella, 1996), pero todo el mundo le llamaba “Perea”, y no José, sino Juan. La idea inicial que llevaba Berenguer sufrió un viraje definitivo a finales de 1965, a raíz de un incidente que él recordaba así:

Había empezado el libro como una serie de semblanzas escopeteras, con nombres y apellidos, de toda la fauna cinegética de los furtivos gaditanos. Aquellas estampas festivas, con más pretensiones de retratos para hacer reír a los que estaban en el ajo que de hacer literatura, se me descompensaron al introducir al personaje que había de ser Juan Lobón. La nota de pateísmo, de vigor épico, de gallardía, me rompía el criterio general de aquellas estampas casi cómicas [...]. Un hecho baladí me hizo ver la novela en su desenlace. El día 22 de diciembre de 1965 llegó Juan Lobón a mi casa con la pretensión de que nos llegáramos a la Comandancia de la Guardia Civil para que le dieran su licencia. Allí sacaron su historial delictivo, que era, más o menos, un rollo de papel higiénico, por la longitud. En el resumen decía individuo peligroso, conducta social mala porque vive amancebado. La reacción brutal de Juan Lobón al escuchar aquello fue, ni más ni menos, el nacimiento de su novela: es decir, la de un hombre perseguido por sus virtudes, por su eficacia en la vida que identifica su personalidad, su autosuficiencia para vivir al margen de la sociedad, de la cual sólo necesita del médico, no personalmente, sino para los que quiere'.

Este fue el origen de *El mundo de Juan Lobón* (1967), una novela que quedó finalista del premio que convocaba Alfaguara, la editorial fundada por los hermanos Camilo José, Jorge y Juan Carlos Cela Trulock. Pero la cosa no quedó allí: los Cela presentaron la novela al
El mundo de Juan Lobón es una novela emparentada con la picaresca tradicional y la neopicaresca de Cela. En ella, un cazador furtivo, encarcelado por un delito del que es inocente, escribe sus memorias porque no soporta la idea de que el hijo que espera se avergüence de él teniéndolo por un vago y maleante. Inspirándose en Perea Luis Berenguer da a luz un personaje en el que confluye historia e invención, sociedad observada y mitología personal. Juan Lobón es un personaje en el que hay muchos de los ideales de Berenguer: un hombre primitivo, fuerte, libre, cabal, divertido y generoso que desde un código de principios no escritos, anterior al neolítico, anterior al código de Hammurabi, se enfrenta a los propietarios de la tierra, a los caciques y a las autoridades civiles, convencido de que nadie tiene derecho de ponerle puertas al campo y de que las bestias están allí para que de ellas viva el cazador. Lobón es, como bien vio Guy H. Wood, un avatar del buen salvaje renacentista, barroco y rousseauniano, o, como bien vio Fernando Morán, un individuo de frontera, entre gacho y cowboy, dentro del latifundio andaluz. El discurso de Juan Lobón comienza con un apartado titulado “Cuatro cosas para antes de empezar” donde en siete secuencias (casi como los siete días bíblicos de la creación) el narrador explica el conflicto entre la ley antigua por la que él se rige y la nueva ley hecha contra los pobres por los ricos. Esta introducción, escrita en un estilo aforístico, recuerda al Génesis, al Levítico y a la ley de la selva que se enuncia El libro de las tierras virgenes (1894-1895), de Rudyard Kipling:

Hicieron la ley para los viejos, para los cojos, para los que no saben, ni pueden, ni sirven para la lucha del monte. [...] Yo sé que nadie se baja del burro para que el burro descanse, sino porque se cansó de ir en burro o porque llegó al final. [...] Cuando la piedra rueda para abajo y no hay blandura en el suelo, rueda hasta lo último. El campo lo secan entre todos, porque nadie quiera a nadie y nadie que ría el campo.

Berenguer reflejaba la miseria rural del sur que había visto con sus propios ojos desde los años 40. El entorno del personaje es el de una Andaluza subdesarrollada, un campo en profunda crisis donde subsistía una economía precaragrica basada en el furtivo y la recolección (tagarinas, espárragos, raíz de brezo, palmitos, caracoles...). Ahora bien, el mundo que retrata es un mundo en transformación: un mundo que en pocos años va a pasar del feudalismo de los cortijos y del hambre de posguerra (con su fondo de maquis y contrabando), al desarrollismo de los años 60, con la caza amenazada no ya por los aldeaños hambrientos sino por los cazadores domingueros de clase media urbana. Y también es un mundo edénico, un paraíso natural que enlaza con la visión romántica de Andaluza, con el Mito del Sur.

A partir de este éxito Berenguer, con la disciplina de un profesional, publica cinco títulos más a un ritmo de novela cada dos años. En las siguientes, dejará constancia de la dura vida de las gentes del litoral gaditano (Marea esorada, 1969); de las insalvables tensiones y turbias dependencias entre señores y campesinos en el campo andaluz (Leña verde, 1972); de la peregrina y excéntrica historia de los oficiales españoles de colonias, una casta desarraigada e históricamente inútil (Sotavento, crónica de los olvidados, 1973); del naufragio del antiguo régimen señorial y la casta de nuevos ricos especuladores que se abate sobre la tierra (La noche de Catalina virgen, 1975); y, finalmente, del sentimiento de alienación que invade a quien, criado en los principios de un
mundo ya extinguido, se descubre irremisiblemente anacrónico, incapaz de adaptarse a las nuevas circunstancias, atrapado en su educación y su pasado (Tamatea, novia del otoño, 1980).


Por estos mismos años se produce también, en el ámbito español, la evolución desde el realismo social hasta la novela experimental (sin abandonar por ello la postura crítica: todo lo contrario). De un lado, se trataba de una reacción interna contra el empobrecimiento que iba experimentando la narrativa en manos de escritores más o menos bienintencionados pero maniquíes y estéticamente poco solventes. De otro lado, se acusa en España la llegada del "boom" de la narrativa hispanoamericana. En este proceso hay agentes que operan de manera individual (así, Luis Martín-Santos con su espléndida novela Tiempo de silencio, 1962), junto a agentes que operan entre lo individual y lo colectivo: es el caso de Camilo José Cela, con su inquieta trayectoria personal, con su labor de apertura al frente de la revista Cuadernos de Son Armando, como promotor de los Encuentros Internacionales de Novelistas en Girona, y como copropietario de la editorial Alfaguara. Muy cerca de Cela está el grupo catalán integrado por el crítico José María Castellet y el editor Carlos Barral: son ellos los que inician una operación editorial a favor de la renovación experimental de la narrativa. Así, no es casualidad que, tras los encuentros de Formentor del 59, el famoso premio de novela breve Seix Barral, que nace en 1958, distingue sucesivamente títulos como Dos días de setiembre (1961) de José Manuel Caballero Bonald, La ciudad y los perros (1962) de Mario Vargas Llosa, Vista de amanecer en el trópico (1964) de Guillermo Cabrera Infante, Últimas tardes con Teresa (1965) de Juan Marsé, Una meditación (1969) de Juan Benet... (Sin olvidar que Tiempo de silencio es una novela de Seix Barral también).


A todo esto los narradores y críticos andaluces, viendo la emergencia de una serie de buenos novelistas vinculados al sur, y con temática predominantemente andaluza, tuvieron la idea de visibilizar el fenómeno: de ahí surgió el marbete de la Nueva Narrativa Andaluza, por la que apostaron fuertemente, en los años del tardofranquismo y la transición, varios críticos y escritores. Para José Luis Ortiz de Lanzagorta la nueva narrativa andaluza se basaba en coincidencias objetivas que él sintetizaba así: el deseo de cambio social, el afán de trabajar a fondo las posibilidades del idioma en todos sus niveles, la inquietud por el misterio telúrico de la tierra, el amor y la muerte, y un irónico refinamiento intelectual, rasgos que serían el denominador común de una nómina integrada por Manuel Halcón, Ramón Solís, Luis Berenguer, Manuel Barrios, José María Requena, Alfonso Grosso, José Manuel Lafón, Manuel García Viñó, José Asenjo Sedano, Carlos Muñiz-Romero, Julio M. de la Rosa y Federico López-Pereira3.

Berenguer se sintió muy próximo a Alfonso Grosso en la amistad y en la escritura, pero distante de maniobras políticas y editoriales.
momento en que existió una categoría llamada “nueva narrativa andaluza”, lo mismo que en poesía existió un “mester andalusí”, todo ello derivado de la reconsideración de Andalucía a mediados de los años 50. Como bien escribe Enrique Baltanás,

A partir de mediados de siglo [XX], Andalucía comienza a pensarse, no como objeto de exotismo, sino como materia reivindicativa. Andalucía es igual a poe- breza irreducta. La idea venía ya fraguaándose desde los artículos de Clarín sobre el hambre en Andalucía (1882-1883), los reportajes de Azorín sobre la “Andalucía trágica” (1905) o la novela de Blasco Ibáñez, La bodega, también de 1905.

Andalucía va a comenzar a verse como el Tercer Mundo. Se van a aplicar a Andalucía las reflexiones de Antonio Gramsci sobre el Mezzogiorno italiano. Y Andalucía se verá como una colonia de Castilla, como una víctima de sus conquistadores castellanos, cuyos here- deros y continuadores serían los lati- fundistas y terratenientes del campo andaluz. Basta con fijarse en los escu- toles títulos y en las fechas de libros como los de Alfonso Carlos Comín, Noticia de Andalucía (1970); Alfonso Grosso, Andalucía, un mundo colonial (1972); Nicolás Salas, Andalucía: los 7 círculos viciosos del subdesarrollo (1972); o Antonio Burgos, Andalucía, tercer mundo? (1974). No serán pocos los que hablen de colonialismo4.

Grosso no consiguió convencerlo de que lo que él escribía era novela “social”, porque Berenguer consi- deraba que para escribir novela social había que ser marxista y él no lo era. Tampoco consiguió Grosso que Luis Berenguer se creyera un “narraluz”, no ya por no ser nativo de Andalucía sino porque no creía en glorias regionales, aspiraba a la universalidad y temía quedar en un fenómeno puramente provincial.

Y sin embargo, más allá de lo que los escritores andaluces, demasiado divergentes y dispersos, no llega- ron a articularse como un fenó- meno editorial con futuro a largo plazo, lo cierto es que hubo un momento en que existió una narrativa emblemática como La esquila (1965, finalista del Premio Nadal 1964) y Episodio para un seño- rito (1972, Premio Ateneo de Sevill- la), ambas de Manuel Barrios, o El cuajarón (1971, Premio Nadal) de José María de Requena. Con la muerte de Franco y el desarrollo del Estado de las Autonomías, la mate- ria de Andalucía, convertida en mo- tivación de un discurso político, “terminará formulándose como rei- vindicación nacionalista”, concluye Baltanás.

Al final, volvemos a las paradojas. Luis Berenguer, que no era andaluz de nacimiento, que no era escritor de izquierdas y que no creía en la bondad de etiquetas locales ni mucho menos en identidades sedi- centes, ha acabado siendo un ex- ponente magnífico de ese fenó- meno narraluz que él no quiso reconocer pero que un momento dado sí pudo haber existido.

Como le escribió su amigo Alfonso Grosso, en carta inédita fechada en Madrid el 31 de marzo de 1971, “Pese a tu negativa de admitir una narrativa andaluza —con perfiles propios— el ‘Juan Lobón’ es una ex- traordinaria novela andaluza, que quieras o no será dentro de unos años una típica representación tes- timonial del furtivo”. Y en texto ya publicado, concedía Grosso:

¡Es, pues, entonces, Luis Berenguer, po- demos considerarlo, un novelista social [...]. Sí y no. [Sus novelas] Sí lo son sin premeditación ni intencionalidad. Y no lo son precisamente por carecer de ellas. [...] Luis Berenguer [...] es, fundamen- talmente, un humanista, un caso singu- lar, un hecho aislado; pero, no obstante, es también un escritor “comprometido” sin saberlo, un novelista que, quieras o no —y quiera él o no— se vincula, quizá a su pesar, a una generación mal- dita llena de grandezas y servidumbres de la que no cabe escapar5.
Hoy se sigue reeditando y leyendo la obra de Luis Berenguer (todas sus novelas vieron la luz hace poco, en 2009, en la editorial Algaída de Sevilla). Una de ellas (El mundo de Juan Lobón) incluso fue adaptada a serial televisivo. Y el autor no cabría en sí de satisfacción si hubiera llegado a ver cómo hay un gran número de palabras andaluzas que se han incorporado al Diccionario del Español Actual (1999, 2011)⁶ —un diccionario “de autoridades”—, gracias a que él quiso recogerlas de labios de la gente.

Nos quedamos con una última imagen. Luis Berenguer, hacia 1975, escribía:

La verdad, el amor y todo lo que nos mata, se inventa en las palabras para ponerlos de pie, en el alma, el retrato de lo que nos falta, de lo que nos explica, y se hace sonido para dárselo a los demás, aunque nos deje en el pecho un hueco de casa deshabitada, que esa es, en resumen, la aventura incruenta de la literatura⁷.

Bibliografía selecta


DOMINGO, José, “La novela española del siglo XX, 2: De la posguerra a nuestros días”, Barcelona, Labor, 1973, págs. 142-143.


Grosso, Alfonso, “Prólogo” a Juan Lobón y otras historias, Barcelona, Dopesa, 1976, págs. XIII-XVI.


Morán, Fernando, Novela y semidesarrollo (Una interpretación de la novela hispanoamericana y española), Madrid, Taurus, 1971.

Nozé, Antonio, “Encuentro con Luis Berenguer” (entrevista), Insula (Madrid), nº 305, 1972, pág. 4.

Ortiz de Lanzagorta, José Luis, Narrativa andaluza: doce diálogos de urgencia, Sevilla, Universidad, 1972.


Rúiz-Copete, Juan de Dios, Introducción y proceso a la nueva narrativa andaluza, Sevilla, Diputación, 1976.

Soldevila Durante, Ignacio, La novela española desde 1936 (Historia de la literatura española actual, 2), Madrid, Alhambra, 1980, págs. 186-189.


Notas

1 Apud A. S. Pérez-Bustamante, Los pasos perdidos de Luis Berenguer, Sevilla, Alfar, 1999, p. 183.


3 José Luis Ortiz de Lanzagorta, Narrativa andaluza: doce diálogos de urgencia, Sevilla, Universidad, 1972.


5 Alfonso Grosso, “Prólogo” a Juan Lobón y otras historias, de Luis Berenguer, Barcelona, Dopesa, 1976, págs. XV-XVI.

6 Manuel Seco, Olimpias Andrés & Gabino Ramos, Diccionario del Español Actual, Madrid, Aguilar, 1999 (1ª ed.), 2011 (2ª ed.).

7 Apud A. S. Pérez-Bustamante, Los pasos perdidos de Luis Berenguer, op. cit., p. 186.